



procedente de Tolón, ambas á dos con convoy de tropas. Debía por fin dirigirse á la bahía de Samaná, la primera que se presenta á toda escuadra que va de Europa. Conformándose con las órdenes recibidas estas diversas escuadras, habiéndose buscado en vano, aunque sin perder tiempo en reunirse, llegaron en épocas diferentes al punto de reunión de Samaná. Presentóse allí el almirante Villaret el 29 de enero de 1802 (9 lluvioso del año x). Siguióle de cerca el almirante Latouche; las divisiones de Cádiz y de Tolón no tocaron en Santo Domingo sino mucho después. Pero entre el almirante Villaret con la escuadra de Brest y de Lorient y el almirante Latouche Treville con la escuadra de Rochefort no llevaban menos de once ó doce mil hombres. Después de haber conferenciado con los jefes de la escuadra, juzgó el capitán general Leclerc que convenía no perder tiempo y presentarse ante todos los puertos á la vez para apoderarse de la colonia antes de dejar á Toussaint espacio para prepararse. Por otra parte, muchas noticias procedentes de las Antillas hacían temer una acogida poco amistosa. Por lo tanto el general Kerversau debía trasladarse á Santo Domingo, capital de la parte española, con dos mil hombres embarcados en fragatas; el almirante Latouche-Treville á Puerto Príncipe, con su escuadra, en que iba la división de Boudet; y por último, el mismo capitán general, con la escuadra del almirante Villaret, se proponía dar la vela hacia el Cabo y apoderarse de él. La parte francesa, que comprendía con una buena porción de la isla los dos promontorios que avanzan hacia el Occidente, se dividía en departamentos del Norte, del Oeste y del Mediodía. En el departamento del Norte era el Cabo el puerto principal y la capital, en el departamento del Oeste era Puerto Príncipe. Los Cayos y Jacmel rivalizaban en el Sur en riqueza y en influencia. Ocupando á Santo Domingo por la parte española y el Cabo y Puerto Príncipe por la parte francesa, se tenía casi toda la isla, á excepción de las montañas del interior, conquistada que sólo podía acabar el tiempo.

Estas divisiones navales dejaron la bahía en que habían fondeado para trasladarse á sus respectivos destinos en los primeros días de febrero. Toussaint, noticioso de la aparición de un gran número de velas en Samaná, acudió allí personalmente para juzgar por sus propios ojos del peligro que le amenazaba, y no pudiendo dudar á vista de la escuadra francesa de la suerte que le esperaba, tomó el partido de recurrir á los últimos extremos antes que someterse á la autoridad de la metrópoli. No estaba muy seguro de que se quisiera volver á esclavizar á los negros: ni siquiera podía creerlo; pero juzgó que se le quería sujetar á la obediencia de la Francia é igualarle con sus súbditos, y esto le bastaba para decidirse por la resistencia (1). Resolvió

(1) El general Pánfilo Lacroix, en sus Memorias sobre Santo Domingo, cuenta que al llegar la noticia de la expedición que mandaba el primer cónsul contra la colonia, muchos criollos, temerosos de la venganza de los negros, solicitaron de Toussaint pasaportes, que inmediatamente obtuvieron. Entonces Toussaint rogó á uno de éstos ahincadamente que viese al primer cónsul así que llegase á Francia, y que le informase bien de quién era Toussaint y del estado próspero en que se hallaba la isla. Dióle instrucciones secretas, quejóse con él del silencio de Bonaparte, del desprecio que había hecho de sus reiteradas cartas:

«¡Se aprovecha de la paz, exclamó lamentándose, para enviar

persuadir á los negros de que su libertad peligraba, y arrancarlos de la labranza para hacerles tomar las armas, asolar las ciudades marítimas, incendiar los edificios, pasar á cuchillo á los blancos, retirarse en seguida á los mornes y esperar en sus gargantas hasta que, devorados los blancos por el ardor del clima, se pudiera caer sobre ellos para concluir su exterminio. No obstante, esperando detener al ejército francés con simples amenazas, temiendo también quizá que si se entregaba prematuramente á actos atroces no sería puntualmente obedecido por los caudillos negros, que, siguiendo su ejemplo, se habían aficionado al trato de los blancos, mandó á sus oficiales que contestasen á las primeras intimaciones de la escuadra que no tenían orden de recibirla; que si ella insistía y quería desembarcar, la amenazasen con destruir totalmente las ciudades; y por último, que si se efectuaba el desembarco, lo llevasen todo á sangre y fuego, retirándose á lo interior de la isla. Tales fueron las órdenes dadas á Cristophe que gobernaba el Norte, al feroz Dessalines que mandaba en el Oeste, y á Laplume, negro más humano, que gobernaba el Sur.

Habiéndose adelantado la escuadra de Villaret hasta Montecristi, pidió pilotos que le dirigiesen á las radas del Fuerte-Delfín y del Cabo; costóle mucho trabajo adquirirlos, destacó al paso á la división de Mogón hacia el Fuerte-Delfín, y llegó el 3 de febrero (14 lluvioso) á vista del Cabo. Quitadas todas las valizas y armados los fuertes, la disposición á la resistencia era evidente. Una fragata enviada á establecer comunicación con la tierra recibió la respuesta dictada por Toussaint. «No había instrucciones, decía Cristophe; era menester esperar la respuesta del comandante en jefe, á la sazón ausente, y se resistiría con el incendio y la matanza á toda tentativa de desembarco ejecutada á viva fuerza.» La municipalidad del Cabo, compuesta de notables, de blancos y de hombres de color, se presentó al capitán general Leclerc á manifestarle sus angustias. Estaba á un mismo tiempo llena de gozo al ver llegar los soldados de la madre patria, y llena de espanto al pensar en las terribles amenazas de Cristophe; pero sus zozobras penetraron en breve en el ánimo del capitán general, que se veía estrechado entre la obligación de cumplir con su deber y el temor de exponer á los furios de los negros una población de blancos y franceses (2). Era

contra mí una expedición, en cuyas filas figuran mis enemigos personales más encarnizados! ¡Embarca á mis hijos para que les sirvan de rehenes; quiere perderme sin pensar que conmigo pierde á Santo Domingo y todas las colonias occidentales!..» Y añadió: «Iba yo á tratar con los americanos y con los ingleses, pero era sólo para proporcionar con veinte mil negros de la costa veinte mil soldados valientes á la Francia... ¡Tomo las armas para defender la libertad de mi raza, que proclamó una vez la Francia, y que ya no puede volver á ser esclava! ¡Nuestra libertad ya no está en su arbitrio; nos pertenece, y la defenderemos hasta morir!»

No era, pues, la ambición de mando solamente la que movía á Toussaint: conocía el carácter y las ideas despóticas del primer cónsul con respecto á su raza, y temía con fundamento la esclavitud. (N. del T.)

(2) Exagera aquí mucho Mr. Thiers los temores de la población del Cabo y la humanidad del general francés; pero hay fundamento para creer que no era tan grande como se supone el alborozo de los habitantes por la llegada de los franceses, y que Leclerc obró en aquella ocasión con toda severidad. En efecto, sólo concedió á la municipalidad para capitular el término de media hora, y las amenazas que dirigía á Cristophe en la carta que

preciso, no obstante, que tomase tierra, y prometió á los habitantes del Cabo obrar con prontitud y energía para sorprender á Cristophe y no darle tiempo de llevar á cabo sus horribles instrucciones. Exhortóles ahincadamente á tomar las armas en defensa de sus personas y haciendas, y les entregó una proclama del primer cónsul, destinada á tranquilizar á los negros en cuanto al objeto de la expedición. Fué preciso después hacerse á la mar otra vez tomando el curso del viento, regular en aquellas aguas. El capitán general, estando ya en alta mar, dispuso, de acuerdo con el almirante Villaret, un plan de desembarco que consistía en colocar las tropas en fragatas, desembarcarlas en las cercanías del Cabo, al otro lado de las alturas que dominan la ciudad, cerca de un paraje llamado el embarcadero del Limbé, y en penetrar después con la escuadra en los canalizos mientras aquellas procuraban dar la vuelta al Cabo, atacando de este modo por tierra y por mar á un mismo tiempo. Esperábase tomar la ciudad, obrando con gran celeridad, antes que Cristophe tuviese tiempo de realizar sus siniestros amagos. El capitán Magón y el general Rochambeau debían coadyuvar al movimiento del capitán general, si logran vencer en Puerto-Delfín, que tenían encargo de ocupar.

Al día siguiente se trasladaron las tropas en fragatas y barcos ligeros y tomaron tierra cerca del embarcadero del Limbé. En esta operación se invirtió todo el día; al siguiente emprendieron su marcha para dar la vuelta á la ciudad, y la escuadra se internó en los canalizos. Los dos navíos *Patriota* y *Escipión* se acoderaron á la vista del fuerte Picolet, que tiraba con bala roja, y en breve le apagaron los fuegos. El día estaba adelantado; la brisa de tierra, que por la noche sigue á la brisa de mar, precisaba nuevamente á la escuadra á enmararse para no aportar sino al siguiente día. Mientras volvía al alta mar se vió con dolor alzarse de las olas un resplandor rojizo y devorar en breve las llamas la ciudad del Cabo. Cristophe, aunque menos feroz que su jefe, había, no obstante, obedecido sus ordenes; había incendiado los principales barrios, y pasando á cuchillo á algunos blancos solamente, obligó á los demás á seguirle á las montañas. Mientras sucumbían al hierro de los negros aquellos infelices blancos, y otros los seguían mal de su grado, los restantes, siguiendo en tropel á la municipalidad, huían de Cristophe y procuraban ponerse en salvo entregándose al ejército francés. Grande fué la ansiedad durante aquella espantosa noche, así entre aquellos desgraciados expuestos á tantos peligros, como en nuestras tropas de mar y tierra, que presenciaban el incendio de la ciudad y la horrenda situación de sus paisanos sin poderlos socorrer.

Al siguiente día, 6 de febrero, mientras el capitán general Leclerc marchaba apresuradamente hacia el Cabo circunvalando sus alturas, el almirante dió la vela hacia el puerto y fué á fondear en él. La resistencia había cesado con la retirada de los negros; puso en tierra inmediatamente mil doscientos marineros al mando del general Humbert para socorrer á la ciudad, salvar sus restos del furor de los negros, y unirse con el

para él entregó á aquella, prueban á no dejar la menor duda que sus intenciones eran tomar la ciudad sin respetar medios, que si no lo hizo fué porque los vientos contrarios á su escuadra le obligaron á enmararse. (N. del T.)

capitán general; llegaba este último por su lado sin haber conseguido alcanzar á Cristophe que iba ya huyendo, y encontró á los habitantes que habían seguido á la municipalidad, antes errante y consternada, pero entregada ahora al júbilo al verse socorrida con tanta celeridad y salva definitivamente de todo riesgo. Corrió ésta hacia sus hogares incendiados; las tropas de marina la ayudaron á apagar el fuego, y las de tierra fueron en persecución de Cristophe por los campos. Esta persecución, dirigida con actividad, impidió á los negros destruir las suntuosas moradas de la llanura del Cabo, y sirvió además para librar de ellos á muchos blancos que no tuvieron lugar de llevarse consigo.

Mientras esto sucedía en el Cabo, el valiente capitán Magón desembarcó la división de Rochambeau á la entrada de la bahía de Manzanillo y entró después con sus naves en la misma bahía para auxiliar el movimiento de las tropas. Su conducta enérgica, que ya presagiaba su digno comportamiento en Trafalgar, coincidió tan perfectamente con el ataque de la división de Rochambeau, que la toma del Fuerte Delfín fué casi subitánea, y entraron en él antes que los negros pudiesen cometer el menor destrozo. Este segundo desembarco acabó de decidir la campaña en las cercanías del Cabo y obligó á Cristophe á retirarse completamente á las montañas.

El capitán general Leclerc, establecido en la ciudad del Cabo, hizo apagar su incendio. Felizmente, el desastre no correspondió con las tremendas amenazas del lugarteniente de Toussaint. Sólo quemaron las techumbres de los edificios; el número de blancos asesinados no fué tan grande como se creyó en un principio; muchos de éstos iban sucesivamente volviendo acompañados de los criados que les habían permanecido fieles. El furor de las hordas negras se cebó principalmente en los ricos almacenes del Cabo; pero las tropas y la población rivalizaron en celo en hacer desaparecer las huellas del incendio. Hízose un llamamiento á los negros cultivadores que estaban cansados de aquella vida de destrozos y de sangre á que querían nuevamente arrastrarlos, y vióse á muchos de ellos volverse con amos y á sus antiguas faenas, de modo que en pocos días tomó otra vez la ciudad cierto aspecto de actividad y de orden. El capitán general envió parte de sus buques hacia el continente de América en busca de víveres, para renovar las vituallas que se acababan de inutilizar.

En este intervalo, la escuadra del almirante Latouche-Treville, siguiendo su derrotero al Oeste, dobló la punta de la isla y se presentó en la bahía de Puerto Príncipe para efectuar su desembarco. Un blanco llamado Agé, que se hallaba al servicio de los negros, oficial animado de buenos sentimientos, mandaba allí en ausencia de Dessalines, que residía en San Marcos. La repugnancia á ejecutar las órdenes que había recibido, la entereza del almirante Latouche-Treville, la prontitud del general Boudet, y hasta la fortuna que favoreció aquella parte de sus operaciones, salvaron la ciudad de Puerto Príncipe de las desgracias de que fué víctima la del Cabo. El almirante Latouche mandó construir balsas guarnecidas de artillería, consiguió de este modo desembarcar de súbito tropas en la punta del Lamentín, y después dió la vela con toda rapidez hacia Puerto